

MEMORIAS DE UN TROGLODITA

CARLOS GEOVANNY CAMPIÑO ROJAS

Licenciado en Filosofía y Letras, Magister en Etnoliteratura, Universidad de Nariño. Coordinador Académico Colegio Champagnat – Ipiales -Colombia.

“Mientras el mundo este gobernado por granujas y grandes corporaciones que se enfocan solo a maximizar utilidades y minimizar riesgos sin tomar en cuenta a la humanidad, seguirá la crisis que padece el mundo actual”. PABLO GONZÁLEZ CASANOVA

Vivimos en un mundo aletargado por el “rebaño digital”¹, quien refleja su rostro sombrío en el espejo mismo de estas sociedades flotantes, heridas de adrenalina y velocidad. En este nuevo modo de vida, casi patológico, que sacude las fauces de la existencia, mi especie se encuentra en vía de extinción; más bien pertenece al selecto mundo de los lunáticos o trogloditas²; de los que decidieron seducir las caderas de los libros desde las casas de cita que otrora llamábamos biblioteca, y a quienes allanábamos sin orden de cateo.

Con espanto afirmo que la realidad se ha ofuscado, y nos ha hecho aterrizar desde su embestida, para constatar que el malestar moderno no es solo producto de la desazón humana, mucho menos del bisturí que maquina el cirujano por el relieve de los cuerpos; sino también del pánico exacerbado que experimenta actualmente la ciudad. Pues, si diseccionamos la misma, observamos que en los nervios de sus hormigones, transita un ruido fúnebre que entona sinfonías alusivas al duelo de identidad, producto indudable de la hibridación cultural y la nostalgia de futuro que intimida a estas culturas liquidadas³, ahora inundadas de neones, quienes estilan como témpanos, sus gélidas gotas de originalidad.

En los laberintos que trazan las urbes, circulan geografías invisibles suicidadas en el borde del anonimato, o peor aún emboscadas por los campos de concentración que ofrecen los centros comerciales. Conjuntamente a ello, se resquebraja lentamente la tenue línea que ató ese colchón de retazos mal llamado sociedad, prefiriendo hoy subastar familias sustitutas desde el menú variado que presentan los prototipos de tribus urbanas, fruto innegable de la ausencia prolongada de figuras maternas o paternas fatigadas en el ritmo extenuante de la sociedad de consumo. En esta encrucijada, mi estirpe se expone al ocaso, a la reacción en cadena o efecto dominó, siendo casi vano pretender resistirse al contagio de un cáncer prolífico que ataca los cerebros mismos de nativos digitales, quienes experimentarán efectos secundarios provocados por la servidumbre maquinaica⁴; y a quienes los médicos diagnosticarán una enfermedad incurable denominada: “homeostasis de pensamiento”, la que sin duda alguna proliferara como pandemia global.

Las culturas desde ya son fluidas, una especie de humedales de la información, que circulan por las cañerías de las mega- ciudades, en cuyas cloacas se expelen aromas residuales de sociedades cosméticas, maquilladas en el tocador de la industria artificial y peor aún, amasados en los hornos del capitalismo salvaje. Como podrán notar, pertenezco a un mundo obsoleto y anticuado, a la morada del arcaísmo, antes que la del neologismo. Si se quiere decir a un tiempo tejido en la rueda de la noche, y atisbado en la chispa que revienta en los labios del viejo; mas no a la pseudo- época de la “inteligencia artificial” de la “bluyineada”, o de los sueños químicos, embutidos en pastillas, o producidos electrónicamente en un coctel de colores sin contenido al que la clase alta bautiza como: “homero” o “pikachu”.⁵

Sin temor confieso ser un anticuario; un sobreviviente de aquellos hombres que no tienen la manía de ser normales, y no como esperaban, hijo de la erotización monitoreada que seduce cada vez más a los cibernautas desde el arsenal ideológico que gatillan los ciclopes unidimensionales, revestidos ahora con cuerpos anoréxicos en forma de LED, o Full HD, y a quienes se les ha encomendado entre otras cosas la tarea de inaugurar una nueva modalidad de secuestro desde la comodidad de las casas.

Temo decirles que junto con mi especie, se extingue también el tiempo, quien alguna vez sirvió como referencia del pasado, y a quien las masas aturdidas consideran tan solo como un instante; una especie de bulto arrumado en la alacena del recuerdo. De igual manera se extingue el arte gracias a músicas frívolas que exaltan nalgas y frases sin nexos y melodía, como “métele”, “choque” o “perrea”. Expresiones desconcertantes que paradójicamente provocan más euforia que un discurso del subcomandante Marcos o de Hitler.

Los trogloditas, es verdad, están en vía de extinción. Son relegados a los museos, que en breve, exhibirán también a sus visitantes, para que todos conozcan un poco del pasado: bibliotecas, literatos y ecologistas. Un piso estará reservado a las artes, otro a la revolución y un tercero a la educación. Eso en caso de que algún arqueólogo logre descubrirlos entre los escombros de una sociedad extinta no por colisión de asteroides o efecto invernadero como las estadísticas anunciaban, sino por el contrario por la transición definitiva del hombre a la máquina.

REFERENCIAS Y NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

1. La expresión “rebaño digital” es acuñada por el artista visual norteamericano Jaron Lanier, en un texto denominado: “contra el rebaño digital”. Frase que utilizamos aquí para poner en evidencia la perversidad o sevicia que encubren los ordenadores quienes pretenden estandarizar el pensamiento.
2. Dícese de aquella persona que mora o habita en las fauces de las cavernas. Para nuestro interés particular postularíamos en este nivel la vocación del verdadero escritor, si se quiere hacer notar con mayúscula.
3. El término “culturas líquidas” es propuesto por el filósofo Polaco Zygmunt Bauman en un texto denominado “modernidad líquida y fragilidad humana”. El cual es retomado para nuestro interés particular para representar la funcionalidad de las poblaciones flotantes que cumplen su ciclo, se renuevan y desaparecen.
4. Dependencia obsesiva compulsiva por intimar con la máquina; hasta tal punto de desembocar en ludopatía.
5. Estas expresiones que calan en un neologismo moderno representan las marcas o nombres con los que se conocen las píldoras estimulantes utilizadas en las fiestas de música trance o electrónica las cuales generan un efecto psicotrópico sobre el consumidor.

